

Libros

20

Espiral reflexiva

La obra filosófica alcanza el rango de obra literaria en la «Fenomenología del espíritu», de Hegel. Eugenio Trías nos acerca a una nueva traducción de este texto desmesurado lleno de momentos de intensidad creadora

I Este es nuestro Año Hegel. Di cuenta en ABC Cultural de la aparición de la primera y segunda parte de la *Ciencia de la Lógica*, en una nueva traducción de Félix Duque. Y ahora me apresuro a comentar otro gran acontecimiento: la aparición, en traducción de Antonio Gómez Ramos, de la *Fenomenología del espíritu*, que da la réplica a la de Wenceslao Roces, la más conocida en español.

La edición dispone de una introducción que ilumina las circunstancias dramáticas de su gestación, en plena invasión napoleónica. Hegel ve a Napoleón, «esa alma del mundo», desde la ventana de su albergue. Se añade a esto un inesperado embarazo de su patrona, que le deja un hijo natural. Experimenta Hegel un *élan* creador de extraordinaria intensidad que le hace escribir un texto imposible en un período de meses.

Una obra con la que Hegel no sabe qué hacer, pero que siempre tendrá por excelente. ¿Propedéutica del sistema? ¿Prólogo de la *Ciencia de la Lógica*? ¿Itinerario del alma hasta el conocimiento de sí? ¿Historia razonada de acontecimientos del mundo, desde Roma hasta Napoleón? ¿Cuál es su título, si es que solo tiene

uno? Se trata de una obra desmesurada, con momentos que no tienen rival en el panorama filosófico.

Hay pasajes excepcionales, como el tránsito de la *Conciencia* a la *Autoconciencia*: la conciencia descubre que lo que tiene enfrente —como objeto— es ella misma (y no a fugitivas sensaciones, cosas con propiedades, fuerzas en interacción, mundo duplicado platónico o vida orgánica infinita).

La conciencia, personaje principal de la obra, tiene frente a sí otra conciencia. La situación es especular. Siguen a ello las figuras de la *lucha a muerte*, de un conocimiento que se gira en *reconocimiento*, señorío y servidumbre, el trabajo, la angustia ante la muerte: figuras que van trazando la galería de las experiencias de la conciencia: su entrelazamiento, tema y motivo de la obra. El ascenso de la conciencia hasta el espíritu, y de este al saber absoluto.

2 La dinámica del conocimiento inspira toda la filosofía de los siglos XIX y XX. Lo mismo la angustia ante la muerte (Kierkegaard). O el trabajo del esclavo (Marx). Pero desde luego las reflexiones de Kojève, de Sartre y de Lacan, todas influidas por Hegel.

El esclavo se va educando

hasta ser responsable de la formación del objeto (y de sí mismo). Es libre de la cosa por haberla elaborado y trabajado. Se estremece en todo su ser en la angustia aterrada ante la muerte, materializada en el Amo en forma de amenaza. A través de esa disciplina laboral alcanza la independencia.

El señor goza del sacrificio del esclavo. Expuso su vida en el combate y ahora obtiene del sirviente obras cultivadas, trabajadas; y sobre todo reconocimiento. Pero él no devuelve ese reconocimiento; se hunde en el consumo; en el goce.

La obra se inicia como una teoría del conocimiento en el apartado *Conciencia*. Sigue a esta la épica del reconocimiento de la *Autoconciencia*. Y alcanza figuras de la Historia antigua y medieval en el *Estoicismo*, *Escepticismo* y *Conciencia desdichada*. Finalmente la *Autoconciencia*, en su lucha por su independencia, se libra de la oposición, del Inmutable sin configurar y configurado. Dios es alcanzado a través del trabajo, *ora et labora*; o del reconocimiento; pero no habla. Su silencio delata su carencia.

La conciencia se reconcilia entonces con ese mundo que combatía; alcanza la mayoría de edad; se inicia así la Edad de la Razón. En una sucesión de figuras (algunas de tedioso desarrollo), esa Razón descu-



DE SU PUÑO Y LETRA

El tránsito de la *Conciencia* a la *Autoconciencia* es uno de los temas que estudia Hegel (arriba) en la «Fenomenología del espíritu», original de 1807. Abajo, la firma del filósofo

bridora de Nuevos Mundos repite el proceso inicial de la conciencia: desde la certeza sensorial y la percepción hasta el entendimiento y el reconocimiento entre las autoconciencias.

3 Esa repetición constituye una de las grandes claves de la estructura de esta obra (en apariencia tan espontánea y, por qué no decirlo, arbitraria). Pero la estructura es memorable.

ESPACIO LITERARIO OFRECIDO POR FUNDACIÓN CAJA MADRID Y BANKIA



EN LA CIMA DEL MUNDO
Hegel escribió la «Fenomenología del espíritu» en unos pocos meses y en circunstancias dramáticas: durante la invasión napoleónica. Arriba, Bonaparte «esa alma del mundo», según el pensador, retratado por Jacques-Louis David



CAEN CABEZAS
La libertad absoluta, según Hegel, se plasmó en la revolución y el terror; es decir, en un marco de muerte generalizada. El autor de la «Fenomenología del espíritu» calificó la guillotina como la más abstracta de las muertes. A la izquierda, grabado de la época alusivo a la Revolución francesa

FUENTE DE INSPIRACIÓN
La filosofía hegeliana ha marcado los siglos XIX y XX. De ella beben la angustia ante la muerte de Sören Kierkegaard y la reflexión sobre el esclavo de Karl Marx. Otros pensadores influidos por Hegel son Alexandre Kojève, Jean-Paul Sartre y Jacques Lacan (junto a estas líneas)



Es una estructura dinámica que semeja una espiral. Una espiral reflexiva. Se repite el recorrido de la curva, pero no se cierra, sino que cubre la primera desde una escala más alta. Y en esas curvas imperfectas de la espiral reconocemos, primero, la *Conciencia* (con sus figuras de certeza sensorial, percepción, entendimiento y razón vital); la *Autoconciencia*, que modula el proceso de conocimiento en la rica temática del reconocimiento; luego la

Razón reconciliada con el mundo, al que observa; o la *Razón práctica*, con figuras individualistas que presagian el Espíritu: primero de un pueblo (Grecia y Roma), luego del mundo, en escenarios del *Ancien Régime* que anticipan las dinámicas del Estado (a punto de convertirse en absoluto), y de la riqueza (en el umbral mismo de la revolución industrial).

Las figuras de la revolución y del terror, donde se plasma la libertad absoluta, en la que la unión de la voluntad individual y la voluntad general aparece coronada, pero que solo puede plasmarse en un marco de muerte generalizada, con la concreción de la voluntad general en facciones que pretenden gobernar, es otro de los grandes momentos de esta espiral reflexiva. La revolución lleva consigo el terror. La libertad absoluta es la muerte esparcida por doquier: caen cabezas como zanahorias en la más abstracta de las muertes (la guillotina).

Otra transición memorable: el espíritu hundido en sus heridas revolucionarias inicia su recorrido por la vía de la *Moralidad*: Kant, Fichte, el Alma Bella (Novalis). Se esboza un orden post-revolucionario protagonizado por una *conciencia activa* que pronuncia un lenguaje conciliador que sabe pedir perdón y que espera, en reciprocidad, ser perdonado.

4 Un diccionario de términos ayuda a comprender los criterios de la traducción. Una introducción, algo breve, sirve de ingreso en este texto fascinante. La traducción logra aunarlo más difícil: fluidez y literalidad. Una literalidad necesaria evita licencias existentes en otras traducciones, como la no distinción entre *Erkennen*, intensificación de *Kennen*, conocer, y *Anerkennen*, reconocimiento. O tecnicismos audaces de inspiración latina como *Seipseigualdad* (para *Sichselbstgleichheit*), y una fluidez que permite recuperar el ritmo del texto original, con sus giros espontáneos y su extraña naturalidad. Se agradece la edición bilingüe, que permite, a los que conocen la lengua alemana, comprobar la pertinencia

de las opciones lingüísticas adoptadas por el traductor.

5 Esta experiencia itinerante de la conciencia tiene además un lado fascinante: constituye un trayecto que evoca la gesta del Grial. Posee estaciones en dirección a esa prenda buscada y finalmente encontrada, la piedra filosofal, que aquí se llama saber absoluto.

El espíritu del pueblo, trascendido en el espíritu del mundo, culmina en el espíritu absoluto. El espíritu, libre al fin de los dramas del reconocimiento, se encuentra consigo, referido a lo Incondicional (lo sagrado), a través de la *religión natural*, la *religión-arte* (Grecia) y la *religión manifiesta* (cristianismo). Y alcanza, con el *saber absoluto*, el fin de un trayecto tan complejo como minuciosamente relatado.

La obra filosófica alcanza la calidad de la obra literaria. El itinerario de Wilhelm Meister conduce al Templo del Saber. Una conciencia vigilante le había seguido los pasos. También en esta obra la experiencia la hace la conciencia ingenua, natural, o sin formar: Pero «nosotros» (un misterioso domine que supervisa los pasos de la conciencia en edad de aprendizaje) actúa como cómplice casi mudo de esos desvarios y desencuentros de la conciencia en su experiencia, hasta alcanzar el saber de sí y del mundo, y el saber incondicionado de un absoluto estético (arte), o referido a lo sagrado (religión), o interiorizado en el saber absoluto (filosofía).

Esta obra relata la suma de errores fecundos que promueven ese saber absoluto. El error es, para Hegel, un momento de la verdad: constituye su fijación dogmática, que debe siempre fecundarse con la conciencia escéptica. Refutar es desarrollar la verdad que todo error encierra. Esta obra es suma y compendio de errores y refutaciones.

EUGENIO TRIÁS

FENOMENOLOGÍA DEL ESPÍRITU HEGEL Edición bilingüe de Antonio Gómez Ramos. Abada. Madrid, 2011. 1.008 páginas, 48 euros ★★★★★



Bankia